



Carlos López Hernández

Homilía en el Domingo II de Pascua, Fiesta de la Divina Misericordia

3 Abril 2016. Bautismo de Marion en la Parroquia de La Purísima

En esta Eucaristía se hace actual de nuevo el Misterio Pascual de Jesús, su paso de este mundo al Padre a través de su muerte en cruz y su resurrección gloriosa. Y todos somos llamados a tomar parte en esta Pascua, a hacer actual nuestra muerte y resurrección con Cristo que vivimos por vez primera en nuestro bautismo. Nos ayuda a ello el bautismo de nuestra hermana Marion, a la que acompañamos en la fe, en la acción de gracias y en la esperanza en los frutos de la vida nueva en Cristo, que hoy recibe como regalo de la misericordia del Padre.

La fiesta de la Divina Misericordia y el Año Santo de la Misericordia son una intensa llamada a celebrar, vivir y contemplar el Misterio de la Cruz y de la Resurrección de Jesucristo, en el que se ha revelado en plenitud la misericordia del Padre, y en el que nuestra vida queda insertada en Cristo y transfigurada a su imagen, para ser misericordiosos como el Padre. Este paso con Cristo de la muerte del pecado a la vida de la gracia es la peregrinación espiritual que de forma permanente estamos llamados a realizar, con firme decisión, sacrificio y apertura a la conversión.

En la Eucaristía de los pasados días de la Octava de Pascua, que prolonga el gran Día de la Resurrección del Señor, hemos leído los relatos de las apariciones de Jesús resucitado a los discípulos, y los primeros anuncios realizados en público por los apóstoles sobre la resurrección de Jesús.

Los primeros discípulos y apóstoles tuvieron que realizar una peregrinación física desde el sepulcro vacío hasta los diversos lugares en los que Jesús resucitado salió a su encuentro: el huerto del sepulcro, el camino de Emaús, el cenáculo y el lago de Tiberíades. Pero realizaron sobre todo una peregrinación espiritual desde el dolor, la desolación, el temor y la desesperanza hasta el asombro, la admiración, la alegría, la fe firme y la esperanza inquebrantable.

En esta peregrinación fueron mantenidos por el recuerdo agradecido y el amor al Maestro, especialmente María Magdalena y el apóstol Juan. Éste fue el único al que su amor le hizo capaz de interpretar el significado del sepulcro vacío y creer en la resurrección de Jesús antes de verlo en persona. Juan entró en el sepulcro, “*vio y creyó*” (Jn 20, 8). Todos los demás propiamente no creyeron, sino que fueron vencidos en su incredulidad por la evidencia innegable de la realidad: vieron a Jesús en medio de ellos, comprobaron los signos de la pasión en su cuerpo, pudieron tocar sus heridas, hablaron con él y comieron con él; y fueron testigos de su poder en una nueva pesca milagrosa. Y, además, sintieron como se enardecía su corazón al escuchar sus palabras y



Carlos López Hernández

cómo Jesús les abría la mente para comprender las Escrituras y los anuncios que les había hecho de su muerte y resurrección.

El Evangelio de hoy ha personificado en el apóstol Tomás esa dificultad compartida de creer en la resurrección de Jesús. ¡Dichosa incredulidad que viene en ayuda de nuestra fe! Porque también nosotros, como tantas otras personas de hoy, podemos sentirnos llenos de dudas y preguntas ante la cruz de Jesús y su sepulcro vacío. Son en el fondo dudas y preguntas sobre nuestra propia muerte y sobre la posibilidad de la resurrección y la vida eterna. Y también pueden ser vacilaciones e inseguridades que acompañan al cansancio, la decepción y la tristeza por el peso de nuestros pecados, que no conseguimos superar.

No nos cerremos a la novedad que Dios quiere traer a nuestras vidas. No nos encerremos en nosotros mismos; no perdamos la confianza en la fuerza transformadora del amor de Dios. No hay situaciones que Dios no pueda transformar con la fuerza del Espíritu de su Hijo resucitado. Acerquémonos una vez más a Cristo resucitado con firme esperanza.

No hay miedo a la muerte que no pueda ser vencido por quien nos ha anunciado: *“No temas; yo soy el Primero y el Último, el Viviente; estuve muerto, pero ya ves: vivo por los siglos de los siglos y tengo las llaves de la muerte y del abismo”*. No hay pecado que no haya sido redimido por la sangre de Cristo y que no pueda ser perdonado por quien nos ha dicho: *“Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados”*.

Pero Jesús ha indicado también que nuestros pecados pueden ser retenidos por quienes han recibido el Espíritu Santo para perdonar. Esto sucede cuando nos falta la fe y la confianza en el amor misericordioso de Dios manifestado en su Hijo Jesucristo; cuando nos encerramos en la autosuficiencia y carecemos de la humildad necesaria para reconocer nuestros pecados y la necesidad de la misericordia de Dios. Cuando nos creemos el único Dios y Señor de nuestra propia vida y excluimos el camino de la conversión a Dios.

Queridos hermanos: En nuestras situaciones de duda y de tentación de autosuficiencia, volvamos con Tomás a Jesús resucitado. ¡Demos gracias a Tomás, que acredita con sus dudas superadas la verdad de su testimonio sobre Cristo resucitado! Y hagamos nuestra su confesión final de fe explícita en el significado de la resurrección de Jesús para él mismo y para nosotros. Tomás contempló el cuerpo llagado de Jesús, y le reconoció como *“Señor mío y Dios mío”*. Confesó más de lo que vio. La misericordiosa pedagogía del resucitado ha convertido al apóstol “incrédulo” en perfecto y consciente creyente. Y así Tomás es pedagogo de nuestra fe; gracias a él hemos creído con más facilidad sin haber visto, y nos sentimos bienaventurados y dichosos en la fe, incluso en las situaciones de tribulación y persecución por el testimonio de Jesús, como las sufridas por Juan en el destierro en la isla de Patmos.



Carlos López Hernández

Los apóstoles dieron testimonio de Cristo resucitado con su predicación, anunciándolo como “Señor y Mesías” (Hch 2,36), y llamando a la conversión: Por tanto, “*convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo*” (Hch 2,18). Y acreditaban esta enseñanza con los signos y prodigios que realizaban en su Nombre: curaban enfermos y poseídos de espíritus inmundos. Pedro curó a la vista de todos a un cojo de nacimiento y proclamó con valentía ante el pueblo: “*Matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello. Por la fe en su nombre, este, que veis aquí y que conocéis, ha recobrado... completamente la salud*” (Hch 3, 13-16). De forma semejante dio su testimonio ante las autoridades y lo completó añadiendo: “*No hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debemos salvarnos*” (Hch 4, 9-10.12).

Los apóstoles continúan de forma manifiesta la misión de Jesús, en su nombre y con su poder. Y el grupo de los discípulos, por su parte, da testimonio de la resurrección con la unidad y el amor, en su vida transformada por el Espíritu del Resucitado. Así, una multitud de hombres y mujeres se adherían al Señor. Y aquella primera comunidad, apóstoles y discípulos, nos muestra los caminos eficaces del testimonio misionero, también para nuestra situación.

Dar fe al mensaje y creer a los testigos de la resurrección, lleva a la experiencia personal del encuentro con Jesús Resucitado en la propia vida. Y así, el Señor nos cambia totalmente la vida. Ya nada es como antes en nuestra vida y en la historia de la humanidad. Jesús no está muerto, ha resucitado, es *el Viviente*. No es simplemente que haya vuelto a vivir, sino que es la vida misma, porque es el Hijo de Dios, que es el que vive (cf Nm 14,21-28; Dt 5,26, Jos 3,10). Jesús ya no es del pasado, sino que vive en el presente y garantiza el futuro; Jesús es el “hoy” eterno de Dios. Así el mismo Jesús resucitado en persona es la victoria sobre el pecado, sobre el mal, sobre la muerte, sobre todo lo que oprime la vida, y le da un rostro menos humano. Y este es un mensaje de vida plena y gozosa para todos nosotros.

Muchas veces necesitamos que la palabra de Dios nos diga: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? Los problemas, las preocupaciones de la vida cotidiana tienden a que nos encerremos en nosotros mismos, en la tristeza, en la amargura..., y es ahí donde está la muerte. Aceptemos que Jesús resucitado entre en la vida de cada uno, abrámosle las puertas como a un amigo, con confianza: ¡Él es la vida! Si a veces hemos estado lejos de él, demos un pequeño paso hacia su encuentro: nos acogerá con los brazos abiertos. Si hemos sido un tanto indiferentes, aceptemos el riesgo de admitirle más en nuestra vida, y no quedaremos decepcionados. Si nos parece difícil seguirlo, no tengamos miedo, confiemos en él, tengamos la seguridad de que él está cerca, con cada uno de nosotros, y nos dará la paz y la alegría que buscamos y la fuerza para vivir como él quiere.



Carlos López Hernández

En esta celebración hemos contemplado cómo la acción de Dios en su Hijo muerto y resucitado ha abierto una senda de luz y salvación en la vida de cada uno de nosotros. Damos gracias a Dios por ello. Y nos unimos de forma especial a la acción de gracias de nuestra hermana Marion, que va a ser bautizada. Confesamos con ella la fe en Cristo Resucitado, que ha salido a su encuentro para compartir ya siempre su vida con ella, para ser su camino, su verdad y su vida. La acogemos gozosos en la comunidad de hermanos en Cristo, y alabamos a Dios con ella por la vida nueva en el Espíritu, que hoy el Señor le regala en el bautismo, la confirmación y la eucaristía. Anhelamos compartir siempre con ella la misión de ser testigos de la alegría del Evangelio de Jesucristo en medio del mundo.

Salamanca, 3 de Abril de 2016